# LA RESURRECCION DEL SEÑOR

# LA RESURRECCION DEL SEÑOR

A. Codesal Martín.

**APOSTOLADO MARIANO**
**Recaredo, 44**
**41003-Sevilla**

**Muerte y sepultura de Jesús.**

Jesús en cierta ocasión dijo: «Yo doy mi vida por mis ovejas... Nadie me la quita, sino que yo la doy por mi propia voluntad, pues tengo poder para darla y poder para recobrarla, y éste es el mandamiento que recibí de mi Padre» (Jn. 10,15-18).

Y como lo dijo lo cumplió; pero no quiso morir con una muerte fácil, sino que, como dice San Ligorio, nos quería hacer ver lo mucho que nos amaba, y por eso quiso morir de la forma más dolorosa para poder demostrarnos la grandeza de su amor.

Por eso estuvo tres horas en la cruz sufriendo indecibles tormentos, para que así pudiéramos comprender lo mucho que nos amaba.

Y para demostrarnos que moría cuando El quería, cuando vio que ya se había cumplido todo cuanto sobre El estaba escrito, dijo: «Todo está cumplido» y, dando una gran voz, dijo: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu», y diciendo esto expiró (Lc. 23,46).

Al morir Jesús la tierra se estremeció con un gran terremoto, las rocas se resquebrajaron y todos los presentes se llenaron de temor.

El centurión y todos los que con él guardaban a Jesús, al ver cómo había muerto pronunciando una gran voz, y al ver cómo temblaba el mundo, dijo: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios».

Otros, daban gloria a Dios diciendo: «Este hombre era realmente justo». Y toda la turba que había concurrido a la muerte de Jesús, al ver las cosas sucedidas, se volvían a casa dándose golpes de pecho (Lc. 23,45-48).

Luego, José de Arimatea y Nicodemo bajaron a Jesús de la cruz, le envolvieron en una sábana limpia y lo llevaron a un sepulcro, propiedad de José de Arimatea que estaba sin estrenar en un huerto cercano.

**La Resurrección de Jesús.**

Al día siguiente temprano, se reunieron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, y se fueron a Pilato a decirle: «Señor, nos hemos acordado que aquel impostor dijo cuando aun vivía: "Después de tres días, resucitaré". Por ello te pedimos que mandes guardias para custodiar el sepulcro hasta que pasen los tres días, no sea que vayan sus discípulos y llevándose el cadáver digan al pueblo que ha resucitado, y resulte que este último engaño nos haga aun más daño que todo cuanto dijo de nosotros».

Pilato les contestó: «Ahí tenéis los guardias: id y asegurarlo como vosotros sabéis».

Ellos fueron y precintando la puerta, dejaron allí cuatro guardias armados, vigilando para que nadie se acercase por allí.

Pero cuando más tranquilos estaban, al amanecer del domingo les deslumbró una gran luz como de un rayo que hubiera caído sobre el sepulcro, al mismo tiempo la tierra tembló fuertemente como al morir Jesús, y, volviendo la vista sobre la gran piedra que cerraba el sepulcro, la ven corrida hacia un lado, y, sentado en cima, un ángel más resplandeciente que el sol...

Y, ya no pudieron ver más, porque los cuatro guardias se desplomaron de miedo, y, aterrados, perdieron el conocimiento quedando como muertos.

Cuando al cabo de un rato logran reponerse, ya no ven nada. Se incorporan y se asoman al sepulcro y ven que se les ha ido el muerto. Se quedan pensativos y se preguntan: ¿qué hacemos ahora? Si se lo decimos a nuestros jefes ¿pensáis que nos van a creer?

Y después de muchas cavilaciones decidieron ir a contárselo a los judíos que eran los que les habían encargado la guarda del sepulcro y los únicos que estaban interesados en que el cadáver no desapareciese.

**Los guardias sobornados**

Mientras tanto llegaron los guardias a contar a los pontífices lo que había sucedido. En cuanto se lo dijeron convocaron una reunión urgente con los ancianos para deliberar lo que podían hacer, y acordaron dar a los soldados mucho dinero a cambio de que no dijeran a nadie la verdad. Les dijeron: «Tenéis que decir que os dormisteis y que mientras tanto vinieron sus discípulos y os lo robaron. Y no tenéis que preocuparos, que, si esto llegase a oídos del presidente, nosotros lo arreglaremos para que no os pase nada».

Ellos aceptaron el dinero y procedieron tal como los judíos les dijeron. (Mt. 28,11-15).

Y este engaño inventado por aquellos judíos que mandaron crucificar a Jesús, es lo que aun creen los judíos de hoy, y todos los que no quieren creer en la verdad de la resurrección.

Pero es fácil comprender la falsedad de este embuste, ya que es muy difícil que se puedan dormir a la vez los cuatro soldados estando de guardia; y más difícil aún que los Apóstoles, con el miedo que tenían, que pudieran atreverse a acercarse por allí.

Además, si Jesús no resucitaba ¿qué ganaban ellos con mentir? Si Jesús les hubiera engañado y no hubiera resucitado ¿qué ganaban ellos con mentir exponiendo sus vidas hasta morir como o73 sabemos que todos los Apóstoles murieron por confesar la verdad de la resurrección de Jesús?

Si Jesús hubiera sido un impostor y no hubiera resucitado, como había prometido, lo más lógico hubiera sido olvidarlo y volver cada uno a su oficio. ¿Qué ganaban con engañar a la gente y llevar una vida de tanta penitencia, estando cada día dispuestos a perder la vida hasta morir en una cruz como murieron Pedro y Andrés, o al filo de la espada, etc., etc., como murieron los demás?

**Jesús se aparece a María Magdalena**

Las mujeres que habían estado presentes a la muerte y sepultura de Jesús: María Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé, aquella misma tarde compraron aromas, y en la madrugada del domingo se encaminaron al sepulcro para embalsamarle.

Por el camino iban diciendo, ¿cómo podremos quitar la piedra que cierra la puerta? Y al llegar ven que la piedra estaba quitada y el sepulcro abierto.

Viendo que no está Jesús, María Magdalena salió corriendo a decírselo a los Apóstoles. Las otras dos mujeres se quedaron y asomándose de nuevo ven a unos ángeles resplandecientes que las dijeron: «No tengáis miedo. Buscáis a Jesús el Nazareno. No está aquí. Ha resucitado... Id en seguida a decir a sus discípulos que ha resucitado y que irá delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis.

Mientras tanto María Magdalena se lo ha dicho a Pedro y Juan que vienen corriendo. Entrando dentro del sepulcro, al verlo, creyeron y se volvieron a contar lo sucedido.

María se quedó fuera llorando. Se asomó de nuevo y vio a unos ángeles que le dijeron: «¡Mujer! ¿Por qué lloras?» Ella les contestó: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

Al decir esto se volvió hacia atrás y vio a Jesús, pero no le conoció. El le dijo: ¡Mujer! ¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?» Ella, creyendo que era el hortelano, le dice: «Señor, si tú le has llevado, dime dónde le has puesto y yo lo recogeré»

Jesús le responde: «¡María!» En aquel momento lo reconoce y arrojándose a sus pies le dice en arameo: «¡Rabboní!» que quiere decir «Maestro».

Jesús le dice: «Deja, no me abraces... Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios».

**Aparición a los discípulos de Emaús**

Aquel mismo día, dos de los discípulos de Jesús salieron de viaje a una aldea llamada Emaús, no muy lejos de Jerusalén. Por el camino iban hablando de todo cuanto había acontecido, y mientras hablaban les alcanzó otro viajero. Era el mismo Jesús a quien no conocieron y caminaba en su compañía. Jesús les preguntó: «¿De qué íbais hablando y qué es lo que os pasa que vuestros rostros están tristes?»

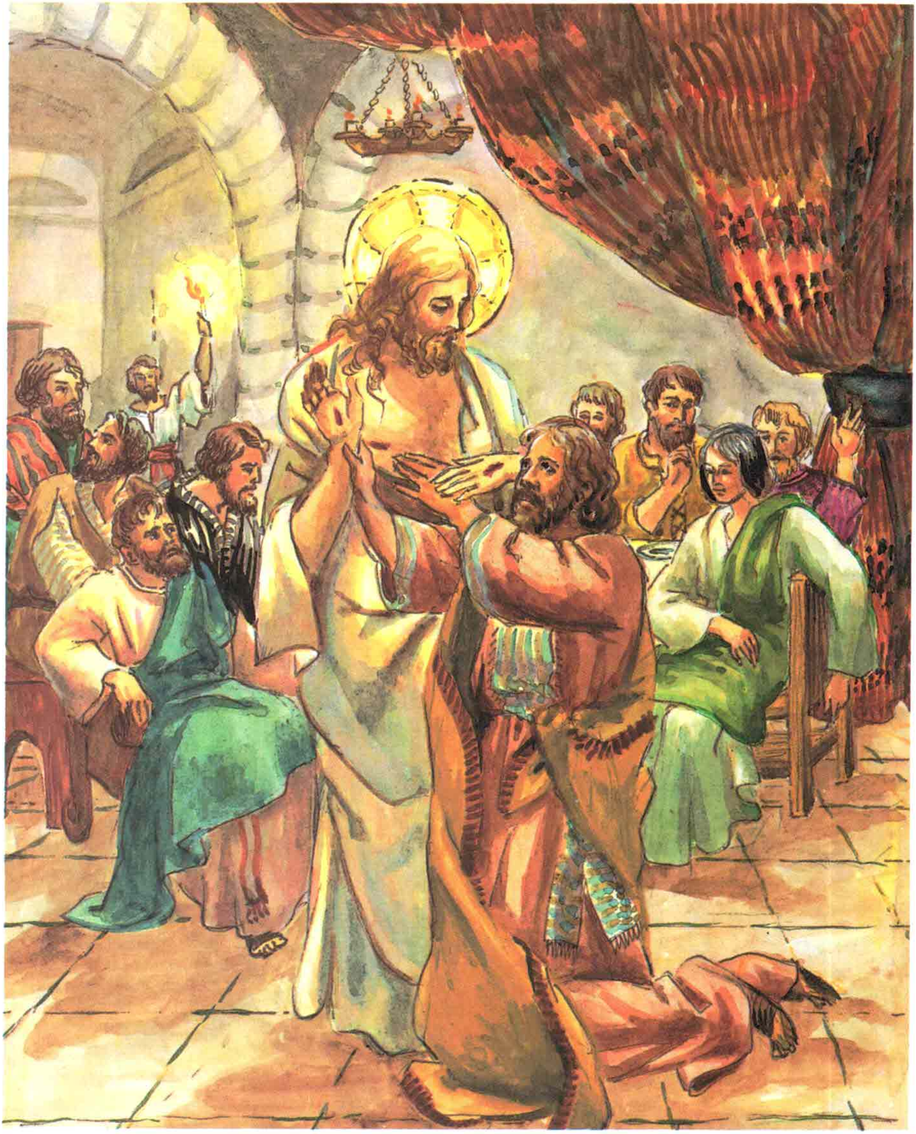
Le contesta Cleofás: «¿Acaso eres tú el único forastero que no te has enterado de lo que en estos días ha pasado en Jerusalén?». El respondió: «¿Qué?»

Y ellos le dijeron: «Lo de Jesús Nazareno, el cual fue un profeta poderoso en obras y palabras, a los ojos de Dios y de todo el pueblo. Y cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que fuese condenado a muerte, y le han crucificado. Nosotros esperábamos que sería El quien libraría a Israel, pero después de todo cuanto le han hecho ya han pasado tres días... Si bien es verdad que algunas mujeres de entre los nuestros nos han sobresaltado diciendo que el cadáver ha desaparecido del sepulcro y que se le han aparecido ángeles asegurándolas que estaba vivo.»

Entonces les dijo El: «¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciese estas cosas antes de entrar en su gloria?»

Y empezando por los Moisés y siguiendo por los profetas les interpretaba todas las Escrituras que hablaban de El...

Al llegar a Emaús le dijeron: «Quédate con nosotros porque ya es tarde...» Y puesto a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, y se lo dio. Al tomarlo lo reconocieron pero El desapareció. En seguida se levantaron y se fueron a Jerusalén para contar lo sucedido. Por el camino iban diciendo: «No es verdad que mientras nos hablaba sentíamos que se nos abrasaba el corazón?» (Lc. 24,13-35).



**Jesús se aparece en el cenáculo**

Aquel mismo día, siendo ya tarde y teniendo cerradas las puertas por miedo a los judíos, y mientras contaban lo sucedido, El mismo se presentó en medio de ellos y les dijo: «La paz sea con vosotros».

Quedaron sobrecogidos y llenos de miedo; pues creían ver un fantasma. Pero El les dijo: «¿Por qué os turbáis y por qué dudáis en vuestros corazones? ¿No veis que soy YO? Ved mis manos y mis pies: podéis tocarme».

Pero como ellos siguiesen incrédulos por la alegría y la admiración, les añadió: «¿Tenéis algo de comer?» Ellos le dieron un trozo de pez asado y tomándolo se puso a comerlo delante de ellos.

Tomás, uno de los Doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Después, cuando los otros se lo dijeron, Tomás respondió: «Si yo no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero que le hicieron, y mi mano en su costado, no creeré».

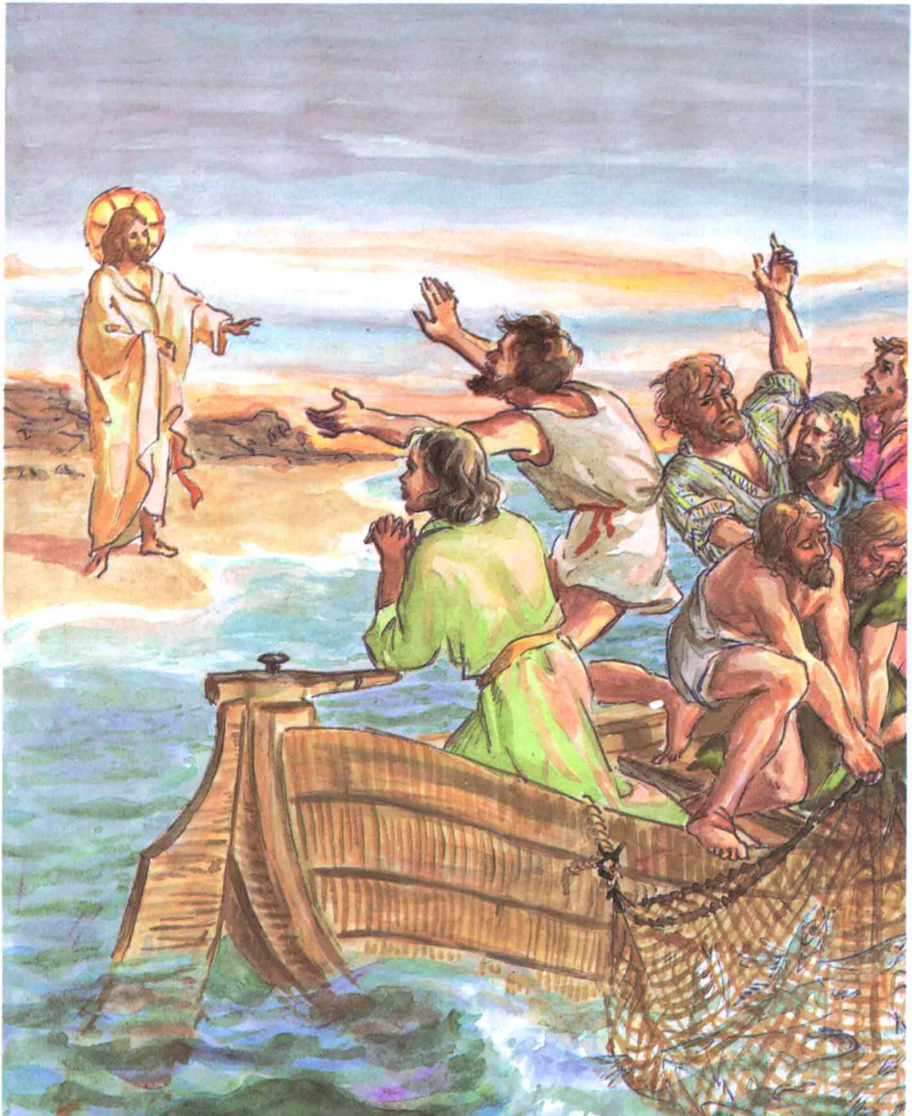
Ocho días después, hallándose los discípulos reunidos en el mismo lugar, y estando Tomás con ellos, vino Jesús estando cerradas las puertas, y atravesando las mismas se puso en medio y dijo: «La paz sea con vosotros». Después se dirigió a Tomás y le dijo: «Acércate, mira mis manos y mete aquí tu dedo. Trae la mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel».

Tomás, respondió y dijo: «¡Señor mío y Dios mío!»

Jesús le respondió: «¡Oh Tomás! Tu has creído porque has visto; bienaventurados los que creyeren sin haber visto». (Jn. 20,19-29).

Alegrémonos nosotros los que sin haber visto creemos; porque según las palabras de Jesús, si creemos somos *bienaventurados.*

No nos quejemos de nuestra suerte, porque no hemos visto al Señor: Dios premiará nuestra fe cuando vayamos al cielo.



**Aparición junto al mar de Tiberíades**

Después de la resurrección del Señor los Apóstoles seguían juntos, dedicando mucho tiempo a la oración y esperando las órdenes del Maestro.

Pedro, muy activo y trabajador, no se sentía a gusto al estar solos sin el Maestro, esperando sin nada que hacer, y, puesto en pie, dice a los demás: «Yo me voy a pescar».

Tomás, Natanael, Santiago y Juan le contestaron: «Nosotros también vamos contigo». Fueron, pues, y entrando en la barca estuvieron toda la noche trabajando sin conseguir pescar nada. Cuando ya estaba amaneciendo, apareció Jesús en la playa; pero ellos no le conocieron.

Jesús desde la orilla les dio una voz, diciendo: «Muchacho, ¿tenéis algo que comer?». Le contestaron: «No, no tenemos nada».

Entonces les dijo: «Echad la red hacia el lado derecho de la barca y encontraréis».

No sabemos por qué le hicieron caso, pues seguramente ya estaban cansados de echarla tanto por la derecha como por la izquierda sin conseguir un sólo pez. Cualquier otro pescador hubiera dicho: ¡Qué se creerá ése! ¿Qué no sabemos pescar? Pero sin conocerle obedecieron como niños, y la pesca fue tan grandiosa que no podían sacar las redes por la cantidad que habían cogido.

Entonces Juan, recordando el milagro idéntico que hacía tres años había hecho Jesús en el mar de Genesaret, le dice a Pedro: «¡Es el Señor!» Pedro, fogoso y temperamental, no tuvo paciencia para salir con los otros en la barca, sino que vestido se echó al agua y salió nadando al encuentro de Jesús.

Los demás discípulos vinieron en la barca, tirando de la red llena de pescado, pues no estaban lejos de tierra.

Al salir vieron que Jesús tenía fuego donde estaba asando pescado, y también tenía pan. Cuando salieron con el pescado les dijo: «Traed de los peces que acabáis de coger».

**El Primado de Pedro**

Subió Simón Pedro a la barca y sacando a tierra la red cuenta ciento cincuenta y tres peces grandes. Y a pesar de ser tantos, no se rompió la red.

Les dice Jesús: «Vamos, almorzad». Y se pone a repartirles el pan y el pescado.

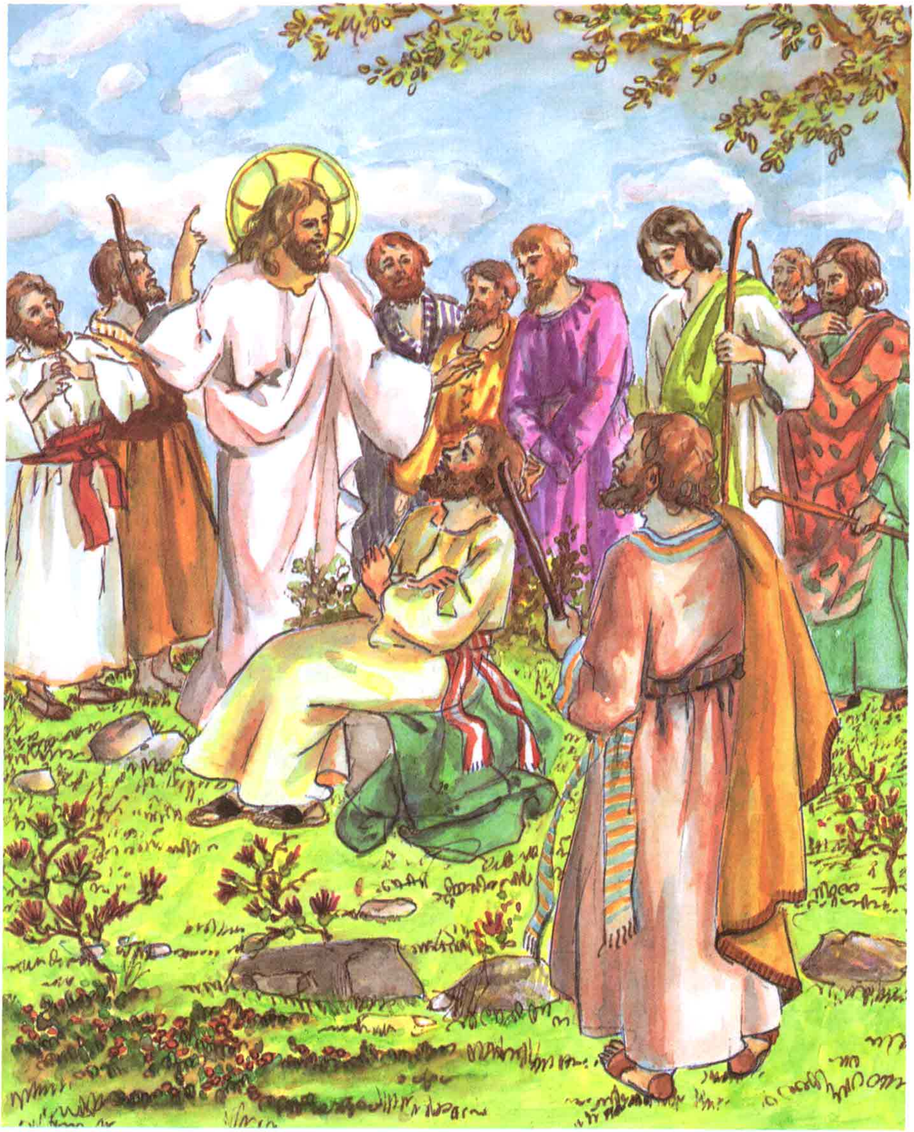
Acabada la comida, Jesús dijo a Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que estos?» Pedro le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Le dice Jesús: «Apacienta mis corderos.»

Por segunda vez le dice: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Y Pedro de nuevo le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Le añade Jesús: «Cuida mis ovejas».

Y por tercera vez, vuelve Jesús a preguntarle: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Pedro se entristeció de que por tercera vez le continuase preguntando si le amaba, y respondió: «¡Señor, tú lo sabes todo: tú sabes que yo te amo!» Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas» Y añadió: «En verdad, en verdad te digo que, cuando eras más joven tu mismo te ceñías e ibas donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y llevará donde no quieras». El Evangelista añade que con estas palabras quiso Jesús indicarle la muerte con la que habría de glorificar a Dios.

Los comentaristas creen que Jesús quiso obligar a Pedro a que hiciera este triple acto de amor para perdonarle el pecado de su triple negación en casa de Caifás la noche que le prendieron.

Así mismo, en el triple encargo: *«Apacienta mis corderos. Cuida mis ovejas. Apacienta mis ovejas»,* todos entendieron significaba el cargo de Pastor supremo de la Iglesia que Jesús delegaba en él. Así lo entendieron entonces los Apóstoles y así lo han entendido a lo largo de los siglos todas las generaciones de cristianos.



**Ultimas recomendaciones**

Después los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo allí de nuevo, se postraron y lo adoraron (aunque hubo algunos que dudaron).

Jesús, acercándose a ellos, les dijo: «Me ha sido dado todo poder en los cielos y en la tierra. Id por todo el mundo a o73 predicar el Evangelio a toda criatura y haced discípulos míos a todas las gentes, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado.

El que creyere y se bautizare, se salvará; el que no creyere, se condenará.

A los que creyeren acompañarán estas señales: En mi nombre podrán echar los demonios, hablarán lenguas nuevas, cogerán las serpientes con la mano sin que les hagan daño, y aunque bebieren algun veneno mortífero, no les hará daño. Impondrán las manos sobre los enfermos y los sanarán...»

Y añadió: «Esto es lo que ya os había dicho cuando aun estaba con vosotros; que era preciso que se cumpliera todo cuanto está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos sobre mí».

Entonces les iluminó la mente para que entendieran las Escrituras, y les dijo: «Así estaba escrito que el Mesías padeciese y que la tercer día resucitase de entre los muertos, y que en su nombre se predicase la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando por Jerusalén. Vosotros daréis testimonio de ésto, y sabed que yo os enviaré al Prometido...

Y sabed que yo mismo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo...

Pero habéis de permanecer en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza de los alto» (Mt. 28; Mc. 16; Lc. 24; Hech.1).

**La Ascención del Señor**

Jesús después de su resurrección estuvo por espacio de cuarenta días apareciéndose de vez en cuando a los Apóstoles y hablándoles del Reino de Dios.

San Pablo dice que además de las apariciones a Pedro y a los once apóstoles, hubo una vez que se apareció a más de quinientos discípulos juntos.

En una de las apariciones, mientras comía con ellos, les encargó que no se apartasen de Jerusalén hasta que recibieran al Espíritu Santo (Hech. 1,3).

Después los sacó hacia Betania y subiendo juntos hasta lo alto del Monte Olivete, se despidió de todos y, mientras los bendecía, en presencia de ellos se fue elevando por los aires. Los Apóstoles estaban atónitos viéndole subir hasta que una nube se les interpuso y lo dejaron de ver.

En aquel momento aparecieron allí unos ángeles vestidos de blanco que les dijeron: «Varones de Galilea: ¿qué hacéis aquí plantados mirando al cielo? Este Jesús que de entre vosotros ha sido arrebatado al cielo, volverá de la misma manera que lo habéis visto subir».

Ellos, después de haberlo adorado, se volvieron a Jerusalén alabando a Dios y llenos de gozo por lo que acababan de ver.

En cuanto llegaron a la ciudad, subieron al Cenáculo que estaba en el piso alto, donde permanecían juntos Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes, y Judas el de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en oración con algunas mujeres y con María la Madre de Jesús...

Su ocupación constante era la oración y la meditación de todo cuanto Jesús les había dicho.

**La venida del Espíritu Santo**

Los Apóstoles perseveraban en oración reunidos en el Cenáculo presididos por la Santísima Virgen. Al cabo de diez días después de la Ascensión del Señor, al cumplirse el día de Pentecostés, estando todos juntos en el mismo lugar, de repente sobrevino del cielo un ruido como de viento impetuoso y huracanado que llenó toda la casa donde estaban. Al mismo tiempo apareció una gran llama que se dividió en lenguas de fuego que se posaron sobre las cabezas de cada uno de ellos. Entonces fueron todos llenos del Espíritu Santo que los transformó llenándolos de un júbilo prodigioso y una alegría inmensa y se sintieron llenos de una sabiduría misteriosa, de tal forma que empezaron a hablar y entender lenguas extranjeras que hasta entonces les eran desconocidas.

Había a la sazón en Jerusalén judíos piadosos de todas las naciones del mundo, y al sentir el ruido salieron todos a la calle y se congregaron a las puertas del Cenáculo pasmados y maravillados porque cada uno de ellos oían a los Apóstoles hablar en su propia lengua.

Y asombrados se decían: ¿Por ventura éstos no son todos galileos? ¿Pues cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra propia lengua nativa?

Aquí estamos partos, medos y elamitas, los moradores de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, de Ponto y de Asia; los de Frigia, de Panfilia y de Egipto, los de Libia, confinante con Cirene, y los que han venido de Roma. Tanto judíos como prosélitos, los cretenses y los árabes, siendo así que entre nosotros no nos entendemos, cada uno les oímos en nuestra propia lengua las maravillas de Dios.

Estando, pues, todos llenos de admiración, y no sabiendo a qué se debería aquel nunca visto prodigio, se decían unos a otros ¿Qué significa ésto y que novedad es ésta?

No obstante, y a pesar de tan inopinado prodigio, aun hubo quien absurdamente empezó a burlarse diciendo: «No les hagáis caso, están borrachos».

**Discurso de Pedro**

Entonces Pedro, presentándose en medio del grupo de los Apóstoles, levantó la voz diciendo: «¡Oh vosotros judíos y todos cuantos ahora estáis en Jerusalén! Estad atentos a lo que os voy a decir y escuchad bien. No están estos borrachos como algunos sospecháis, pues a estas horas de la mañana la gente no se emborracha, sino que aquí se está verificando lo que dijo el profeta Joel: Sucederá que en los postreros días, dice el Señor, Yo derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos revelaciones... Derramaré mi Espíritu sobre mis siervos y siervas y en aquellos días profetizarán. Yo haré que se vean prodigios en el cielo y portentos sobre la tierra... y todos los que hayan invocado el nombre del Señor, se salvarán...» (Hch. 2,14-21).

ISBN: 84-7656-180-6